

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO DOMINICANO
**Encuentro con Obispos, sacerdotes, rectores de Seminarios,
formadores de religiosos, vicarios del clero y promotores vocacionales**
Santo Domingo, 12-13 de noviembre de 2018

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

IV. El acompañamiento y el discernimiento
13 de noviembre de 2018

Introducción

La *Ratio Fundamentalis* **ha querido privilegiar el acompañamiento** personal y grupal entre los medios formativos (Cf. RFIS, 44-52).

Es frecuente que en nuestros Seminarios y Casas de formación **ésta sea una asignatura pendiente**. A veces los formadores “delegan” esta responsabilidad en los directores espirituales y confesores. En otras ocasiones, por no violentar a los formandos, se deja a su voluntad buscar o no el acompañamiento. No es raro que a causa de un trato superficial, los formadores no tengan la capacidad de informar sobre los candidatos, porque no los conocen.

El acompañamiento es personal y grupal porque **la dinámica intrapersonal es tan importante como la interpersonal**.

La dinámica intrapersonal. Los valores cristianos y vocacionales se hacen personales e irrenunciables cuando **se pone en juego toda la personalidad** del formando en torno a ellos a través de un proceso de internalización. Comparando este fenómeno con las cámaras fotográficas, podríamos decir que el seminarista “enfoca” dinámicamente los valores, haciéndolos suyos, es decir, personalizándolos. Hay una diferencia sustancial entre una persona que gira en torno a los valores y otra que los desconoce, poniendo en el primer plano sus propias necesidades. La primera conserva como un tesoro el deseo de santidad, la segunda considera imposible la santificación porque de hecho atiende a otras necesidades.

La dinámica interpersonal. Algo similar ocurre con los grupos. **El clima grupal** en la Casa de formación es adecuado y ayuda a la formación cuando “enfoca” los valores cristianos y vocacionales. Es decir, **establece una dinámica en la que los valores están en el centro**, definiendo un camino objetivo de continuo crecimiento o de santificación, con las correspondientes sintonías afectivas y estéticas. Entonces gozamos de un ambiente comunitario que por sí mismo ayuda a una mejor formación. Al contrario, cuando en la dinámica grupal se “enfocan” otros intereses, surge en el grupo un clima de mundanidad espiritual.

Entre la dinámica intrapersonal y la dinámica interpersonal existe una profunda complementariedad. Efectivamente los formandos, que se hallan en el camino discipular, **crean un clima discipular**; los que hacen personalmente un proceso de configuración con Cristo, **crean un clima comunitario** que salvaguarda y promueve la identidad de la vocación específica. Además, la comunidad identificada con los valores anima y sostiene a los individuos en la lucha que sostienen por realizar el ideal que les ha convocado.

El acompañamiento personal y grupal durante el proceso formativo **establece la base necesaria para el discernimiento** gradual de la vocación específica.

Vamos a comentar a continuación ese grupo de artículos de la *Ratio Fundamentalis* que se refieren al acompañamiento.

El acompañamiento personal

El n. 44 hace ver **la necesidad del acompañamiento**: *Los seminaristas, en las diversas etapas de su camino, necesitan ser acompañados personalmente por quienes han sido encargados de la formación, cada uno según su competencia y el encargo que le corresponde.* Las palabras están medidas y permiten vislumbrar que:

▪El acompañamiento **es necesario en cada una de las etapas** formativas. Por tanto no es solo para el momento inicial ni para momentos de especial dificultad, sino un medio ordinario.

▪**Todos los encargados de la formación realizan el acompañamiento** desde diversas competencias y encargos. Por tanto no es algo que corresponda solo al fuero interno o que se deba reservar al director espiritual. Prácticamente cualquier encomienda en la formación exige un acompañamiento. Los formadores que no están involucrados en una etapa de formación pueden prestar con fruto un servicio de acompañamiento, por ejemplo, el administrador, el responsable de la dimensión intelectual o pastoral.

En ese mismo n. 44 se expresa la finalidad del acompañamiento: *realizar el discernimiento vocacional y formar al discípulo misionero.*

▪ **Solo quien acompaña estará capacitado para discernir.** Si los formadores desconocen a los formandos, si no dedican el tiempo necesario a estar cerca de cada uno, si falta el ejercicio de una paciente escucha y de una solícita observación de las personas y los grupos, es imposible el discernimiento. A mayor acompañamiento corresponde **un mejor discernimiento**. También la calidad de los informes es fiel reflejo de la calidad del acompañamiento.

▪ **A través del acompañamiento se personaliza la formación.** Puede ser útil el concepto de inculcación del evangelio. Los valores vocacionales se deben introducir en la vida personal y grupal de los formandos así como el evangelio se hace parte de una cultura. Para ello no son suficientes los cauces genéricos, porque cada persona y cada grupo interiorizan los valores de un modo irrepetible. He aquí el vínculo entre acompañamiento y formación. Porque toca a la persona en su singularidad y al grupo en sus condiciones reales, a mayor acompañamiento corresponde **una mejor formación**.

El n 45 **describe la actitud formativa** del seminarista: *Durante el proceso formativo es necesario que el seminarista se conozca y se deje conocer, relacionándose de modo sincero y transparente con los formadores.*

▪ Durante la formación inicial se realiza **un proceso complejo de autoconocimiento y apertura para dejarse conocer**. Estos dos elementos se complementan entre sí, de modo que cuando uno se abre al acompañamiento, se conoce mejor y cuando uno ha conseguido un nivel aceptable de autoconocimiento, tiene materia para dejarse conocer.

▪ La **sinceridad y transparencia** constituyen la condición de posibilidad de un verdadero acompañamiento. Es verdad que sinceridad y transparencia son bienes precarios, porque siempre podemos crecer en autenticidad. Por ello es necesario que el seminarista se sitúe desde el inicio en una actitud diáfana. Autenticidad llama a autenticidad; engaño y mentira solo traen frustración. Sobre todo conviene evitar el engaño consciente, que crea un pésimo clima en la comunidad formativa.

▪ **Todos los encargados de la formación realizan el acompañamiento** desde diversas competencias y encargos. Por tanto no es algo que corresponda solo al fuero interno o que se deba reservar al director espiritual. Prácticamente cualquier encomienda en la formación exige un acompañamiento, particularmente el responsable de cada curso y el director espiritual.

El mismo número 45 concluye diciendo: *Teniendo como fin la “docibilitas” al Espíritu Santo, el acompañamiento personal representa un instrumento indispensable de la formación.* Con ello se deja claro la **absoluta necesidad del acompañamiento** y cómo **este medio es determinante** de la calidad de todo el proceso.

El artículo 46 pone atención al **modo** del acompañamiento:

▪El primer punto consiste en que *las entrevistas con los formadores sean regulares y frecuentes*. Con ello se está excluyendo un estilo de entrevistas esporádicas o espontáneas, porque no llegan a establecer un proceso. Dar el mensaje a los candidatos de que el acompañamiento es parte necesaria de la formación. Los formadores, por su parte, prepararse bien para acompañar y dedicar importantes períodos de tiempo a la escucha y la observación. Un formador distraído no puede prestar este servicio. Se requiere verdadera dedicación.

▪El acompañamiento, independientemente de quién lo realice, *debe integrar todos los aspectos de la persona humana*. No es válido un acompañamiento que intenta aislar un aspecto sin considerar el conjunto, porque estamos tratando con personas, con toda la complejidad que esto supone. El acompañamiento es siempre global, no puede ser solo espiritual, ni solo humano, ni solo intelectual, ni solo psicológico, ni solo pastoral. Habitualmente el crecimiento del formando es también integral, de modo que el acompañamiento realizado desde un área específica redundará en un crecimiento de toda la persona.

▪**El corazón del acompañamiento es la escucha y el diálogo** que se da entre formadores y formandos. La escucha entre ellos está relacionada con la dinámica misma del llamado de Dios, y por ello el documento afirma que a través de este medio el seminarista llega a *descubrir el verdadero significado de la obediencia y la libertad interior*. Dejarse conocer, con sinceridad y transparencia es al final un modo de permitir la acción del Espíritu en nuestra vida.

▪**La apertura en el acompañamiento conduce al autoconocimiento**, es decir, es un medio privilegiado para el crecimiento personal, ayudando al formando *para que sea consciente de su propia condición, de los talentos recibidos y también de las propias fragilidades*.

El artículo 47 subraya una condición necesaria para el acompañamiento formativo: **la confianza**. Este es un terreno delicado porque en algunos ambientes eclesiales existen graves faltas de confianza y de espontaneidad. Esto se debe superar en la comunidad educativa de la Casa de formación. El contenido de este artículo es suficientemente claro, de modo que se puede proponer textualmente señalando un reto pastoral a los formadores:

▪*La confianza recíproca es un elemento necesario en el proceso del acompañamiento*. El clima de confianza ha de ser habitual, como lo es en la familia. Este ingrediente de la formación es semejante al aire limpio, que refresca y renueva toda la realidad.

▪*En el proyecto formativo se deben prever los medios concretos para que dicha confianza pueda ser salvaguardada y promovida*. Existe un proceso de crecimiento de la confianza. Esto es natural, pues uno no se fía de otro apenas lo conoce. Pero no se puede esperar indefinidamente. Hay que asegurar que la confianza sea una realidad porque está en juego toda la formación.

▪ *Conviene sobre todo **garantizar las condiciones** que puedan ayudar a crear un clima sereno de confianza: cercanía fraterna, empatía, comprensión, capacidad de escucha y de sincera apertura y, especialmente, coherente testimonio de vida.*

El artículo 48 insiste en que el acompañamiento **debe estar presente desde el inicio del proceso formativo y debe continuar durante toda la vida, aunque tenga diversas modalidades después de la ordenación.** Como otros elementos formativos, se debe introducir de tal modo que **prepare al formando para la fidelidad** en la futura vida y ministerio apostólico. Para garantizar este fin es útil que, respetando y atendiendo la diversidad de cada proceso personal, los formadores identifiquen los rasgos propios del acompañamiento de cada etapa, estableciendo una gradualidad en el proceso.

El artículo 49 establece **algunas exigencias** importantes para un adecuado acompañamiento formativo.

▪ **La exigencia de un sigilo profesional.** *El formador debe guardar en secreto cuanto conoce de la vida de los seminaristas.* Si pretendemos hacer un proceso formativo cimentado en la mutua confianza, la discreción es absolutamente necesaria. Esto no solo corresponde a los directores espirituales, sino a todos. Los formadores no necesitan manejar fuera de la entrevista lo que conocen por confidencia de los formandos. Para el discernimiento de la vocación se utilizan más bien datos objetivos, que proceden de la observación

▪ **Para realizar este servicio se requiere preparación.** *Un recto acompañamiento, equilibrado y respetuoso de la libertad y de la conciencia de los demás, que les ayude en su desarrollo humano y espiritual, exige que cada formador sea competente y esté dotado de los recursos humanos, espirituales, pastorales y profesionales necesarios.* No todos los sacerdotes o religiosos están preparados y dispuestos para acompañar otras personas, aunque tal disposición debería ser parte normal de su servicio pastoral. Este es un punto de exigencia para la selección de los formadores y, como hemos visto, para su continua preparación.

▪ **El ministerio de la formación exige, además, plena dedicación.** *Se espera de aquellos que son destinados a la formación una preparación específica y una generosa dedicación a tan importante responsabilidad. Se necesitan formadores que sepan garantizar una presencia a tiempo completo y sean testigos de cómo se ama y se sirve al Pueblo de Dios, desgastándose sin reservas por la Iglesia.* La dedicación de los formadores establece **un modelo de entrega pastoral** para los futuros presbíteros o religiosos, que se traduce en la calidad, frecuencia y profundidad del acompañamiento.

Medios para el acompañamiento personal

Quisiera profundizar en algunos medios que considero esenciales para conseguir un acompañamiento personal fructuoso.

La presencia continua. La presencia es condición *sine qua non* del acompañamiento personal. La presencia abre la posibilidad de una relación. Cuando falta el acompañamiento, la primera queja de los formandos es que al formador no se le encuentra, que no los conoce, que no tiene tiempo para las entrevistas... Ciertamente se trata de una presencia no invasiva, pero continua. Es el formador que permanece en la Casa **a tiempo completo** y se hace presente de buen grado **en todos los actos comunitarios** que están previstos en el horario. Participa a su modo y con profundidad en la vida de la comunidad educativa. También se hace presente en algunos **espacios significativos** donde los formandos se reúnen espontáneamente para descansar o para otros fines. El formador presente **tiene como referencia fundamental la comunidad educativa** y evita buscar refugio en otros ambientes que puedan ofrecerle ciertas compensaciones.

La observación personalizada. La presencia continua abre la puerta a la observación. Se trata de **poner atención** a las actitudes de los formandos, de cada uno en particular. Por eso el postulado es el de una **observación personalizada**. Esta atención formativa no se reduce a una vigilancia policiaca, consiste más bien en una **atención amorosa**, como la que tienen los padres de familia hacia sus hijos. Todo lo del hijo les interesa porque anhelan su crecimiento. La cuidadosa observación **se traduce en advertencia fraterna**, es decir, en retroalimentación que ayuda al formando a crecer. Es fundamental que tanto la observación como la advertencia sean **percibidas por el formando como gestos de cuidado y de interés** y no como juicios.

La capacidad crítica. El formador tiene la **responsabilidad de filtrar** sus percepciones y observaciones mediante una disposición crítica. De modo que su advertencia fraterna se halle **libre de adherencias**, sean las provenientes de sus propios conflictos, o las provenientes del ambiente comunitario. Cuando el formador tenga dificultades para hacer esta clarificación, puede ser muy útil **una consulta** a otro compañero o a un profesional.

La confianza y la transparencia. Es fundamental que la presencia del formador **facilite un clima de confianza** que permita al formando mostrarse con transparencia. Esto se debe conseguir con relativa prontitud, de modo que tanto el formador como el seminarista tengan la **sensación de estar trabajando** sobre el terreno real. La confianza y la transparencia **llenan el acompañamiento de contenidos...** ya no se trata de rellenar un tiempo, sino de emplearlo de la mejor manera para que produzca más fruto. La confianza conseguida ayuda a la superación de la distinción de fueros, como y se ha indicado.

La entrevista. Constituye el momento más denso del acompañamiento personal y el medio fundamental. La entrevista debe ser sistemática, programada, profunda. Se trata de un encuentro personal muy significativo en la vida y trayectoria del formando. Más pronto que tarde, el formando debe percibir la entrevista como una oportunidad formativa, superando la actitud de cumplimiento o complacencia con los formadores. La entrevista representa la ocasión para personalizar los contenidos del proceso formativo, verificando su asimilación de parte de cada uno y, si es necesario, corrigiendo sus percepciones e interpretaciones. Como hemos dicho, la entrevista requiere una cualificación técnica del formador, que va mejorando a partir de la experiencia. Es el momento más significativo en el que se pone en práctica el arte de acompañar.

La capacidad para confortar. El formador que sigue procesos de larga duración puede sostener al formando en sus luchas y confortarlo con su presencia paternal. Para ello es útil llevar un registro de las entrevistas, que le permite ser más preciso en sus percepciones del proceso realizado. Es importante que el formador desarrolle las habilidades necesarias para confortar, que constituyen una mediación de la consolación del Señor.

Importancia del grupo en el proceso formativo

En ocasiones no se ha dado la debida importancia al acompañamiento grupal durante la formación inicial. El cuidado de este aspecto está a la raíz del clima comunitario.

Es llamativo lo que ocurre en el acompañamiento de Jesús al grupo de los Doce. Jesús permanece atento a las dinámicas grupales y percibe las percepciones que circulan entre sus discípulos, no siempre positivas. Por ejemplo, deseos de dominio y de poder (Mt 20, 20-28), intolerancia respecto a quien piensa diferente (Mc 9, 38-40), uso de los bienes materiales (Lc 16, 9-13), dificultad para perdonar (Mt 18, 21-35). Ante estas situaciones comunitarias, el Señor ofrece una enseñanza contundente, caracterizada por la expresión «entre ustedes». Así se definen los rasgos del grupo discipular.

De manera similar, es necesario que los formadores perciban y observen lo que se «cuece» entre los formandos, contrastándolo con los criterios del Evangelio y poniendo de relieve que lo que ocurra entre ellos tiene una gran importancia, definiendo con claridad la conducta y la comunicación que debe existir «entre ustedes». Se trata así de permanecer atentos, para que el clima humano y espiritual de cada etapa formativa corresponda efectivamente a sus objetivos. Debe ser un clima evangélico y humanamente sano.

Esto no se debe dar por supuesto. El Papa Francisco ha hablado en repetidas ocasiones contra la mundanidad espiritual y contra el clericalismo: *Cuando ustedes*

contemplan una Iglesia incoherente, una Iglesia que te lee las bienaventuranzas y después cae en el clericalismo más principesco y escandaloso, yo comprendo, yo comprendo... Si eres cristiano, toma las bienaventuranzas y ponlas en práctica. Y si eres un hombre o una mujer que ha dado la vida, que la ha consagrado; si eres sacerdote –también un sacerdote que baila- si eres sacerdote y quieres vivir como cristiano, sigue el camino de las bienaventuranzas. No el camino de la mundanidad, del clericalismo, que es una de las perversiones más feas de la Iglesia. Coherencia de vida. Pero también ustedes, deben ser coherentes a lo largo del camino y preguntarse: ¿Yo soy coherente en mi vida?¹

El Papa se refiere no solo a comportamientos individuales, sino también a **climas grupales**, que dañan profundamente la imagen de la vida sacerdotal y religiosa, creando una verdadera dificultad para su credibilidad ante el pueblo de Dios. Es necesario **superar la ambigüedad** que en ocasiones caracteriza a nuestros presbiterios y comunidades religiosas. La formación inicial puede hacer una contribución significativa para conseguir una mayor claridad.

Las palabras que el Santo Padre dirigió a los jóvenes **trazan una senda educativa** para nosotros: Pedir a los formandos coherencia de vida. Primeramente a nivel personal, pero también como grupo, para conseguir un clima grupal que estimule a todos a vivir los valores evangélicos y vocacionales y, consecuentemente, ayude a un mejor discernimiento.

El acompañamiento grupal

Como he hecho al referirme al acompañamiento personal, comenzaré con un comentario de los artículos correspondientes de la *Ratio Fundamentalis*.

El artículo 50 describe **en qué consiste** el acompañamiento grupal: ***Prestar atención a la experiencia y a las dinámicas de grupo, en las cuales el seminarista participa.*** Contamos para esto con el precioso ejemplo de la enseñanza privada de Jesús al grupo discipular. El primer lugar donde se debe experimentar que el reino de Dios está presente es la comunidad formativa. El texto hace a continuación dos constataciones:

▪ *La vida comunitaria, durante los años de la formación inicial **debe incidir en cada individuo**, purificando sus intenciones y transformando su conducta en una gradual conformación con Cristo.*

Es necesario reconocer la **importancia de las relaciones fraternas en la interiorización de los valores** vocacionales. Me refiero particularmente a **los pequeños grupos**, a la comunicación informal y espontánea, que muestra lo que realmente ocurre. Aprendemos a vivir los valores de los grupos en los que convivimos

¹ PAPA FRANCISCO, Encuentro de los jóvenes con el Santo Padre y los Padres sinodales, 6 de octubre de 2018.

y de las personas con quienes entablamos lazos de amistad. Las **dinámicas internas** de estos grupos expresan las motivaciones de sus participantes y crean una sintonía entre los individuos que define la identidad discipular del grupo.

▪ *En la vida diaria, la formación se realiza **mediante las relaciones interpersonales**, los momentos para compartir y de interpelación, que contribuyen al desarrollo del “humus humano”, sobre el cual, concretamente, madura una vocación.*

El grupo es una **mediación humana de la acción formativa del Espíritu Santo**. Consecuentemente, de la calidad humana del grupo depende en buena medida la calidad de la formación. Es necesario que **existan sintonías significativas** entre los valores que se proponen a través del proyecto formativo y la **experiencia grupal y afectiva** de los formandos entre sí. Esta experiencia afectiva funciona como un «adherente» de los valores y es un medio privilegiado para dar forma a la sensibilidad de los formandos. Se puede rescatar desde este punto de vista la doctrina tradicional sobre la **«amistad en el Señor»**. Una verdadera amistad conduce a la verdad y al bien, al crecimiento de cada uno en el proceso formativo.

Conviene que tanto los formadores como los formandos lleguen a ser conscientes del **influjo de sus actitudes en el grupo**, de modo que opten por edificar con su propio ejemplo evitando comportamientos ambiguos. Pero también conviene que tomen conciencia del **influjo del grupo en su vida personal**, de modo que sepan filtrar los contenidos contradictorios mediante una sana capacidad crítica.

Los artículos 51 y 52 desarrollan las condiciones de la comunidad educativa. Me limito a subrayar algunos de estos postulados:

▪ La comunidad formativa **educa en la comunión y para la comunión**. Es una experiencia de filiación, fraternidad y paternidad que prepara a los formandos para su futuro servicio apostólico.

En la comunidad educativa, formadores y seminaristas nos presentamos ante Dios **como hijos**, manteniendo un vínculo profundo de dependencia con él. La filiación es la base más profunda de la comunión. Esta relación personal con el Señor nos permite acogernos unos a otros **como hermanos**, estableciendo un vínculo de fraternidad que será en el futuro el ámbito de la formación permanente. Además, los formadores actúan **como padres**, asumiendo una función educativa y como mediación de la única paternidad de Dios.

▪ La vida cristiana en general y el proceso formativo en particular implican una **fuerte experiencia de vida comunitaria** porque la Iglesia es una comunidad desde su mismo origen.

Hablar de una «fuerte experiencia» implica **un claro reconocimiento de la importancia de la comunidad** a lo largo del proceso formativo y de toda la vida. Los

documentos de la Iglesia insisten en que es como una reproducción de la comunidad de vida establecida entre Jesús y sus discípulos. *El seminario, que representa como un tiempo y un espacio geográfico, es sobre todo una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer, a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce*².

Ha de ser una experiencia significativa tanto **para los formadores**, que se involucran año tras año en una comunidad con características particulares como para los formandos que van juntos compartiendo un largo camino. A los formadores se exige la madurez de un padre, que sabe arraigarse y desarraigarse en el amor oblativo. **A los formandos** se exige la disponibilidad para crecer juntos. **La comunidad será significativa en la medida en que «toque» a las personas** que la forman, principalmente a través del **buen ejemplo** y de la **corrección fraterna**.

▪El fin de la vida comunitaria es **preparar a los formandos para que sean agentes de comunión**, fundando esta exigencia en la común vocación y en la común misión en la pertenencia a un solo presbiterio o comunidad religiosa.

Si consideramos por un momento el futuro podremos aquilatar mejor la importancia de la experiencia comunitaria. Toda la vida del futuro sacerdote o religioso se desarrollará en un ámbito comunitario y en la conducción de una **comunidad cristiana**. Es responsabilidad de la formación inicial garantizar que los formandos estén bien preparados para ello, de modo que lleguen a hacer una aportación positiva y propositiva en estos dos ámbitos comunitarios.

▪Tal experiencia comunitaria **tiene su fundamento en la comunión de la Santísima Trinidad**. Esto exige que se establezcan vínculos filiales, fraternos y paternales entre los formandos y los formadores.

Ya me he referido a la filiación, la fraternidad y la paternidad en la formación inicial. Quisiera ahora insistir en el modo de estos vínculos. La **filiación** tiene un contenido espiritual: es relación con el Padre y también con María, la madre. Pero la filiación se refiere también a dos realidades humanas fundamentales para un formando: la relación con sus padres y la relación con los formadores. Es necesario hacer todo un acompañamiento para la interpretación creyente de estos vínculos profundos. Que el formando tenga una experiencia viva y madura de ser hijo, con la consecuente docilidad y disponibilidad. La **fraternidad** tiene como modelo a Jesús, el hermano, pero el vínculo fraterno y amical con el Señor se mediatiza en la práctica en relaciones fraternas con los formadores, los otros compañeros, los agentes de pastoral y los destinatarios de la actividad apostólica. Conviene conseguir que el formando tenga una experiencia «fuerte» de fraternidad que le lleve a profundizar en el vínculo amistoso y profundo que un cristiano vive con los hermanos en la fe. Ya será en la formación

² JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 60.

permanente cuando el futuro presbítero o el religioso tengan una experiencia viva de **paternidad**. No conviene que los formandos adelanten esta experiencia, pero sí es necesario que la contemplen, como en un espejo, en sus propios formadores. Estamos hablando de un tejido de relaciones, de unos vínculos profundos, que posibilitan la futura entrega vocacional.

▪Es necesario *superar las diversas formas de individualismo* que se oponen al espíritu fraterno.

Aquí nos encontramos con todo un capítulo en el que resuena la enseñanza del Papa Francisco. Él se refiere al egocentrismo, a la autorreferencialidad, al individualismo, al clericalismo, es decir, los múltiples rostros de un mal, profundamente arraigado en la sociedad y capaz de dañar la íntima experiencia de la comunidad cristiana, de la comunidad formativa y de la comunidad presbiteral o religiosa. Los formandos necesitan tener **experiencia viva de la superación de las múltiples manifestaciones de este mal**, que forman parte de su existencia porque son parte de la cultura contemporánea. Para ello la vida comunitaria es un instrumento adecuado. El horizonte de su examen de conciencia deberá ampliarse, incluyendo de un modo sensible los actos que dañan o no promueven la fraternidad. Se trata de permanecer conscientemente como miembros vivos y corresponsables de una comunidad. Esta sensibilidad comunitaria toca el corazón de su futura misión.

▪Una relación fraterna «no puede ser sólo algo dejado al azar, a las circunstancias favorables», sino una elección deliberada y un reto permanente.

En este breve texto la *Ratio Fundamentalis* aborda la **cuestión pedagógica**. Se trata de educar a los formandos para la relación fraterna, de modo que se pongan los medios adecuados para que lleguen a **hacer una opción** por la fraternidad. Esto es lo que significa una «opción deliberada». Es frecuente que se argumente que algunas formas de fraternidad, por ejemplo, la vida común o la corrección fraterna, no son posibles porque no hemos sido preparados para ello. Desde los Seminarios y Casas de formación podemos contestar con fuerza a esta objeción, preparando efectivamente a los formandos para la construcción de vínculos fraternos en todas las direcciones.

▪La comunidad del Seminario se describe como **una familia**, caracterizada por un clima grupal que favorece la amistad y la fraternidad.

El clima grupal, caracterizado como una familia, y abierto a las diversas experiencias de familia y fraternidad presentes en la Iglesia particular, prepara de un modo fundamental a los formandos para el futuro ministerio, en el cuidado de las familias, de la vida religiosa, de los grupos juveniles y de muchas otras realidades en las que los fieles viven el sentido comunitario. La formación inicial no puede ser ajena a esta realidad.

El acompañamiento grupal a lo largo de la formación inicial.

Después de recorrer estos números de la *Ratio Fundamentalis* dedicados al sentido comunitario de toda la formación, quisiera hacer una descripción del **clima comunitario** que corresponde a cada una de las etapas formativas, para percibir con mayor concreción el propósito formativo. La función de los formadores es la de **estimular y sostener** este clima comunitario y, en caso necesario, **confrontar** con claridad las actitudes que lo debilitan o dañan. Los formandos necesitan tener una **claridad suficiente** sobre las exigencias que plantea la vida común en cada una de las etapas. En algunas ocasiones nos encontramos con comunidades formativas viciadas. La superación de estas situaciones es lenta, pero es fundamental que tanto formadores como formandos trabajen perseverantemente sobre ello.

▪El Seminario menor, los aspirantados y la pastoral vocacional.

Las costumbres de esta comunidad formativa y el trato entre los seminaristas menores o aspirantes deberán ser al menos **las que corresponden a un grupo juvenil** o de adolescentes. Se espera, de acuerdo a su edad y madurez, un vínculo de amistad verdadera y una disposición natural a la ayuda mutua y a la corrección fraterna.

Las Casas de formación de menores y la pastoral vocacional son **espacios privilegiados** para el cultivo de valores fundamentales como el silencio y la oración; el estudio y la reflexión; el equilibrio entre las dimensiones formativas; el diálogo con los formadores o responsables de las vocaciones.

A tal privilegio corresponde la actitud de un **correcto aprovechamiento** de los medios que la Iglesia pone para su formación, incluyendo las cuatro dimensiones formativas.

Es un período de **rápido crecimiento personal** y por ello de flexible adaptación de las relaciones interpersonales. El tono general es el de la alegría por los dones recibidos y por el progreso que cada uno va haciendo.

Es necesario que exista **un clima de discernimiento y de profundo respeto** a las decisiones que cada joven va realizando a lo largo de su proceso.

▪La etapa propedéutica o el postulante.

El grupo de formandos deberá estar marcado por la **apertura a los medios de formación** que propone en proyecto formativo y constituyen una significativa novedad para ellos: trabajo, descanso, limpieza de la casa, alimentación, deporte, estudio, oración, etc.

En este abrirse se establece la **actitud formativa** que permanecerá a lo largo del tiempo, es decir, la disposición para aprender de la vida y sus acontecimientos.

Parte fundamental de esta actitud es la **apertura a la ayuda de los formadores** a través de un acompañamiento consistente.

Es un momento privilegiado para dar un paso hacia la **integralidad**, estimulando el crecimiento de todos en las distintas dimensiones formativas.

Para conseguir estos fines, los formandos tendrán muchas veces que **vencerse a sí mismos**, superando la tendencia a la comodidad que es tan frecuente en la sociedad actual.

Una expresión de la riqueza comunitaria será la capacidad de **ayudarse unos a otros** en la adquisición de habilidades que se pondrán en juego a lo largo de toda la formación.

La comunidad de este primer curso está llamada a **ir por encima de las tensiones sociales** para afirmar el sentido de familia y la relación fraterna entre los formandos.

▪ **La etapa discipular.**

Durante la etapa discipular se pretende un trabajo sistemático de crecimiento personal y establecer hábitos en las diversas dimensiones de la formación. Consecuentemente, el clima de la comunidad será el de una **seria dedicación** a la formación en todos sus aspectos. Los formandos deberán colocarse a la altura de los estudiantes universitarios en su búsqueda de la verdad y ajustar a este nivel todos los aspectos de la formación.

Es la etapa juvenil de la formación inicial, se espera de los formandos un **serio compromiso juvenil**.

Para ello se requiere un clima humano de **honestidad** que les ayude a caminar hacia la verdad. Esta capacidad de amar la verdad y de decir la verdad es la piedra de toque de su relación con los formadores, entre sí y con los destinatarios del apostolado.

Todo el ambiente de la comunidad ha de ayudar a la **perseverancia**, y para ello puede ser útil sujetarse de la observancia de los horarios, los métodos, la frecuencia de las entrevistas, la preservación de los ambientes como la biblioteca, la capilla, el campo de deporte, las habitaciones, etc... todo lo que dé estabilidad al proceso formativo.

▪ **La etapa de configuración.**

El proceso de configuración exige que comiencen a dibujarse en la comunidad formativa los **rasgos propios de la caridad pastoral o del carisma específico**.

Consecuentemente se espera de los formandos una **notable responsabilidad comunitaria**, de modo que sean motivo o de edificación entre sí y particularmente para los más jóvenes.

Los hábitos adquiridos durante la etapa anterior se enfocan con intensidad y dedicación a los **objetos propios de esta nueva etapa**: la contemplación de los ejemplos de Cristo, el estudio de la Teología, el conocimiento más amplio de la misión de la Iglesia particular, etc.

Si la etapa anterior era juvenil, la configurativa se caracteriza por el **paso a la edad adulta** y con ello al **amor oblato** y a una clara disponibilidad al servicio. Con estas actitudes el formando está engendrando un **estilo dentro de la vocación sacerdotal o religiosa**.

La relación entre los formandos, sus conversaciones y sus intereses giran en torno a la **vida sacerdotal o religiosa** y al **servicio evangélico**. La comunidad entera da un paso significativo dejando atrás cualquier pretensión de poder o de dominio.

La relación con los formadores adquiere una **notable profundidad espiritual que acentúa los valores de la vocación específica** y la entrega voluntaria a la propia formación; estas actitudes son las que se esperan a partir de la admisión entre los candidatos a las órdenes y la profesión temporal.

▪ **La etapa de síntesis vocacional.**

Esta etapa es vivida ya por cada formando en el contexto de una **inserción pastoral**. Sin embargo, **la experiencia grupal continúa siendo significativa**, sea porque viven en común o por las frecuentes reuniones a las que son convocados.

La relación entre los candidatos recoge el fruto de un largo camino compartido, que permite la **espontánea comunicación** de la experiencia vivida por cada uno, en el **respeto de la diversidad de sus procesos**. Este vínculo fraterno se expresa también a través de los medios electrónicos.

La relación con los formadores se aproxima gradualmente a la **fraternidad** propia del presbiterio o de la comunidad religiosa, de modo que comienzan a desdibujarse los roles de formador-formando para comprender y vivir sobre todo el vínculo fraterno en una misma comunidad. Esta relación se complementa con la que tienen con **los sacerdotes o religiosos que los acompañan**.

Conclusión

De la profundidad del acompañamiento personal depende la capacidad para el discernimiento y la eficacia de toda la formación. Por ello considero indispensable la

dedicación de los formadores a este servicio y el desarrollo de las habilidades correspondientes.

Como hemos podido constatar, la comunidad aporta elementos esenciales del proceso formativo en cada una de sus etapas. Los formadores, y de un modo gradual también los formandos, están llamados a ser **garantes de la calidad del clima comunitario**, tal como un padre de familia debe garantizar el clima humano y espiritual de su casa.

Para terminar, quisiera recordar el desafío que plantea san Pablo a Timoteo: *Pues si uno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios?* (1 Tim 3,5). Si tanto formandos como formadores no sabemos gestionar y hacer crecer una comunidad formativa ¿cómo podemos prepararnos para guiar a la comunidad cristiana? En esto es necesario aprender algo más que unas básicas reglas de convivencia, se requiere, en cambio, una viva y profunda experiencia fraterna.

Para la reflexión y el diálogo

- ¿Cuál es la calidad del acompañamiento personal en nuestros Seminarios y Casas de formación?
- ¿Estoy convencido de la importancia del acompañamiento grupal? ¿Qué consideración hago sobre la calidad de la vida comunitaria en nuestros Seminarios y Casas de formación?
- ¿Qué experiencias positivas puedo compartir sobre el acompañamiento?

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero